

Los Convidados

de Jorge Edwards

Per FERNANDO URIARTE.

Jorge Edwards despliega, desde Barcelona, una 'habia e intencionada' red novelesca para salvar del olvido los fondos confusos de esa palpitante vivencia chilena que le pertenece. El autor —ya lo ha demostrado— es experto en las formas de vida y conducta de determinado grupo social al que parece estar fatalmente adscrito, sin perjuicio de la posición discrepante, mezclada de sonrisa y suficiencia, que frente a ese grupo mantiene. En esencia, su novela se fundamenta en el conocimiento profundo de la vacilante costa oligárquica, del que deduce el acucioso alegato crítico que ilumina la ficción.

Los convidados de piedra trata de la odiosa intima que un grupo de sujetos, laboriosamente remosados desde el fondo de la red, entre resplandores y penumbras, realizan dentro del continuo histórico de tres generaciones. Cabe considerarlos —si bien el paralelismo no es estricto— como parientes de los estilizados silhouettes portenas que mostró Adolfo Couve en la novela "El Picadero". Se trata del necesario y sistemático parentesco que tienen los personajes en el acontecer de una novelística tan densa como abundante, puesta en marcha desde "Corvolación", la novela de José Donoso. Con melancólica complacencia socavan estos autores los años más o menos lejanos de la infancia en el seno de cierta clase social, cuya historia, por veces interesante, mediocre o ridícula, confundían sus integrantes con la historia de todo el país.

La novela de Edwards incursiona en la vida política y social de Chile de los últimos cincuenta o sesenta años, y refuta, de preferencia, las perspectivas penúltimas y últimas del píjaro terrateniente, en trance de decadencia, tarea para la que no ha necesitado el autor documentarse espe-



Jorge Edwards: el granito de anífo.

cialmente, ya que es un sector social que domina desde la raíz. Temas y problemas se enlazan con fluidez en la presentación de Edwards; se siente vivir a esos sujetos que habían sobrevivido, que habían dado la impresión de "jugar con fuego", pero muy a la segura porque "habíamos podido

desdeblarnos en los instantes álgidos, en un actor y un espectador".

Son los vivos impenitentes que el autor sitúa en un lado; en el otro están los jóvenes que recibieron "la mejor educación del mundo, en colegios ingleses, en los jesuitas, hijos de matrimonios ejemplares, de gran fortuna, y de repente las velas de pelo largo, insuando, dedicados a fumar marihuana, con enormes posters del Che..."

Es una calificación global, de urgencia, algo somera. El desbande parcial hacia el mundo de la revolución, su motivación más remota, está enmarcado por un paisaje marino, diseñado con deliberada vaguedad, determinante de una amplia contraluz ambiental que, sin embargo, no alcanza a despiatar al lector. Campo y costa reconocidos como el hinterland exclusivo de la clase social novelada: Zapallar, Cachagua, Puchuncavi (Munguía), Ilorón, el mesón de César, junto a la playa, lugares donde, a veces, ha imperado la barbarie de los mafiosos juveniles de verano. Paraísos donde se asientan heredades aguilas y se propicia el snobismo revolucionario con la secuela de larvados resentimientos. Allí es de buen tono mostrar del medio pelo o ridiculizar cruelmente a "esa especie retorcida, llena de suavidades y recovecos, dulzuras y pontonas, de los simios que alguien ha denominado sublimes".

Como era de esperar en este intelli-

gente autor, el caldo gordo de la pijaia rapallarina o cachagua está visto con penetrante realismo. Se siente la pulsación de secretas tragedias, la conciencia de pertenecer a una clase cádaca, el ritmo generacional de las desviaciones que coinciden con el período de tal o cual Presidente, con la celebración de aquella boda, con aquellos cuernos inesperados... La vida presionada por el continuo e irreversible empujamiento económico.

Los de uno y otro lado: el Gordo Pindabueno, Sebastián Agüero, el Gringo Williams, Guillermo, Silverio Molina que en el anexo de la cárcel leyó el Manifiesto Comunista y España en el Corazón, dadas que le bastó para romper con la casta.

La novela viene armada con su correspondiente coprolito a cargo de un abeso onanista, y con el culón, a toda orquestación, de María Olga, la mujer del Pacharro del Medio.

Una suave nostalgia trasciende del relato. Ha sido compuesto en Barcelona sobre un material histórico recordado: el ámbito de una clase oligárquica decadente, en sus curvas y refugios de verano, los riesgos de la cincuentenaria contingencia política, el viejo argumento del Dr. Valdés Canje: "el déficit fiscal y su secuela inevitable, la desvalorización de la moneda". En algún momento se advierte la huella de uno de los modos narrativos más exitosos de habla hispanica, el de Vargas Llosa que seccionalmente parpadea en los convidados.

Nuestro exiliado novelista, lo mismo que la raposa de Pérez de Ayala, cayó en el cepo años atrás. Huvó con una pata troncada y tres tanas. Da igual Barcelona que París. Predomina para siempre lo que pasó en la entrañable ciudad, en Santiago, cuando hacía periódicas visitas al Café Haiti y comprobaba el paso del tiempo en algunos conocidos, a quienes veía "envejecer, mejorar de ropa o adquirir el brillo de los trenos rápidos, aproximarse en forma segura a la cirrosis o al infarto de miocardio..."

Si bien Los convidados de piedra es novela de muy moderado resentimiento, cabe preguntarse si el granito de anífo no ha dañado la flor de hogafio.

Los convidados de Jorge Edwards [artículo] Fernando Uriarte.

Libros y documentos

AUTORÍA

Uriarte, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los convidados de Jorge Edwards [artículo] Fernando Uriarte. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile